

QUÉ HERMOSA ES TU MORADA

R «*ey celestial, consolador, espíritu de verdad, que estás en todo lugar llenándolo todo, tesoro de bienes y dador de vida, ven a habitar en nosotros, purifícanos de toda mancha y salva, Tú que eres bueno, nuestras almas.*»

Con esta oración se inicia cada servicio en las Iglesias Bizantinas. Ésta enseña claramente que Dios está en todas partes y especialmente en los fieles. ¿Y entonces, por qué es que los católicos orientales sentimos la necesidad de construir iglesias y de rezar a Dios en ellas? Si Dios está en todas partes, ¿qué necesidad hay de construir una iglesia? La tradición, que se remonta al Antiguo Testamento, responde a esta pregunta.

Dios es eterno y omnipresente, es decir, que existe más allá de las dimensiones del tiempo y del espacio. Sin embargo, la humanidad vive en un mundo finito que está sobre todo caracterizado por el tiempo y el espacio; vivimos aquí y ahora.

Entonces, surge un problema: ¿cómo se puede vivir con Dios aquí y ahora cuando Él está fuera del tiempo y del espacio? Al tratar de dar respuesta, La humanidad se debatió entre dos tendencias: o bien, Dios estaba en todas las cosas animadas e inanimadas, y se adoraba a Dios en todo, (panteísmo) o bien, Dios era inexistente (ateísmo) porque se encontraba fuera del tiempo y el espacio y, por ende, en ninguna parte.

La solución se encontraba fuera del alcance del hombre hasta que Dios nos mostró el camino en el Antiguo Testamento cuando creó el tiempo y el espacio sagrados. De esta manera, Dios permitió a la humanidad estar en su presencia siempre y en todas partes —es una Presencia Divina que está más allá

del reino de los sentidos. La Iglesia del Antiguo Testamento, a partir del Arca de la Alianza, seguido por el Templo de Jerusalén y pasando por todas las asiduas plegarias y sacrificios diarios (de día y noche) pudo entrar en comunión con el Dios Eterno y Omnipresente. En el Nuevo Testamento este movimiento de Condescendencia Divina llega a su perfección: Cristo mismo se convierte en el Nuevo Templo en dónde todos los bautizados en Él se convierten en otros Cristos que manifiestan la presencia de Dios, aquí y ahora.

Por esta razón los cristianos edifican iglesias donde pueden reunirse — lejos de la penumbra de este mundo — para darse cuenta del papel que juegan como portadores de luz en la oscuridad. «*En Tu Luz veremos la luz*» (Salmo 35:9, LXX). Es aquí donde el cristiano contempla el esplendor luminoso de Dios como signo de su llamado a irradiar el mundo con el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por lo tanto, el edificio de la iglesia, por su propia naturaleza, debe ser diferente al del mundo funesto que la rodea. Debe ser más noble, más hermoso. En la tradición latina, es atraído hacia el cielo por una o más torres puntiagudas que apuntan al «*Alfa-Omega*» de la vida, a Cristo reinando triunfalmente desde Su Cruz. En el Oriente la iglesia está coronada por una espaciosa cúpula, emblema del cielo que desciende sobre la tierra, en donde vemos al Cristo Todopoderoso en quien estamos siendo transformados.

CÓMO SE SANTIFICA UN LUGAR SAGRADO

Después de elogiar profusamente la destreza humana en cada detalle de la construcción de la iglesia, debemos contemplar su verdadera naturaleza, que es nada menos que la imagen de Cristo. Y, al ser la imagen de Cristo, también es la imagen del propio cristiano. Porque nosotros somos, después de todo, otros Cristos «*en quien mora la Divinidad corporal*» (Colosenses 2:9). Esta revelación o teofanía ocurre durante la solemne consagración de una Iglesia.

El ritual se inicia con una triple procesión alrededor de la iglesia con las reliquias que se guardarán en el altar. ¿Por qué se tienen reliquias? Porque éstos son los restos terrenales de los hermanos cristianos que se transformaron en espejos de la gloria de Dios y su carne sigue permeada de las Energías Divinas. El obispo reza:

Que seas bendecido para siempre, oh Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien a través del velo de Su carne nos consagró una entrada a la Iglesia del Primogénito, que está escrito en el cielo... mira sobre nosotros Tus siervos pecadores e indignos que ahora celebran la consagración de esta honorable iglesia para ser un símbolo de Tu Santísima Iglesia, es decir, de nuestro propio cuerpo que Tú has querido ser llamado Tu templo y miembros (miembros) de Tu Cristo.

Al recitar el Salmo 132 (LXX) el obispo unge el altar:

« He aquí, cuán bueno y gozoso es para los hermanos habitar juntos en unidad! Es como un precioso unguento derramado sobre la cabeza, corriendo por la barba de Aarón, hasta el borde de sus ropas. Es como si el rocío de Hennon cayera en el monte Sion. Porque allí el Señor concede su bendición, aún la vida para siempre”.

En el altar, así como en el resto de la iglesia, se ejerce un rito similar al del bautismo y crismación de un cristiano. Porque está claro que la Iglesia ha de ser un modelo de lo que significa ejercer una vida cristiana; ambos deben estar dedicados a la oración y el sacrificio, ofrenda y bendición, paz y comunión, misericordia y verdad, alegría y amor.

La ceremonia gira en torno a la santificación de la mesa del altar — en cuyo pilar central se cimentan las reliquias sagradas con cera sacramental, porque estamos llamados a estar en íntima comunión en Cristo, con todos los santos. El altar es entonces bautizado, es decir, lavado con agua de rosas tres veces y finalmente se crisma para llegar a ser «un trono de gloria, y lugar de morada de Dios”.

El obispo procede por la iglesia a ungir las cuatro paredes «que simbolizan la santificación de toda la humanidad por la gracia de Cristo”, como nos dice Simeón de Tesalónica.

Por último, se consuma el misterio cuando se ofrece la Divina Liturgia eucarística. Es aquí cuando se desvanecen el tiempo y el espacio, y los fieles contemplamos la belleza inefable del rostro de Cristo. Ya transfigurados salimos al mundo y nuestra presencia revela que Dios mora entre nosotros. Como dice San Pedro:

«Ahora que habéis probado que el Señor es bueno, venís a Él, la Piedra viviente — rechazada por los hombres pero elegida por Dios y preciosa para Él, también vosotros, como piedras vivas, estáis siendo contruidos en una morada espiritual para ser.. un pueblo escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo perteneciente a Dios, para que podéis declarar las alabanzas de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su maravillosa luz”.

(1 Pedro 2:4-5,9)

Tú has hecho de la Iglesia un cielo resplandeciente, iluminando a todos los fieles; por tanto, estamos en medio de esta santa morada y te clamamos: « Haz firme esta casa, oh Señor!”

Cuando el Verbo vino a nosotros en carne, el Hijo del Trueno, escribiendo, dice: «Hemos visto con resplandor la gloria que el Hijo tenía del Padre, llena de gracia y verdad. Y a todos los que lo hemos recibido con fe, Él dio el poder de llegar a ser hijos de Dios”. Nacidos de nuevo, no de sangre, ni de voluntad de la carne, sino sostenidos por el Espíritu Santo, hemos levantado una casa de oración y clamamos: « Afirma esta casa, Señor!»

Kondakion e Ikos, Dedicación de una Iglesia

QUÉ HERMOSA ES TU MORADA



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Publicado originalmente en *Revista Católica del Cercano Oriente*, vol. 9, No. 1 (primavera de 1983). Reimpreso con permiso.

Foto cortesía del Rev. Brendan McErney, O.P.